

REVISTA de DERECHO PUBLICO

Editorial

“...Para Latinoamérica el conocimiento de lo público y, más aún, del Derecho Público, es urgente e imperioso, puesto que constituye el Continente del futuro, el nuevo bloque, el tercer frente, no obstante lo cual no logra afianzar el orden institucional de sus pueblos, ni mejorar el nivel de vida de sus habitantes. Pero Latinoamérica es una realidad y una promesa que debe cumplirse según sus postulados intrínsecos, confiando en su porvenir, sobre la base del conocimiento de sí misma, para lo cual el conocimiento de su realidad política y de su Derecho Público es fundamental”.

Editorial Revista de Derecho Público - Nº 1, Enero 1963, p. 4.

Vivimos un mundo de sacudimientos. Asia se despereza. Africa despierta. América Latina se levanta. Un estremecimiento sacude a los pueblos subdesarrollados. Es la rebelión de las masas en el sentido orteguiano, aunque proyectada en forma más amplia. El mundo se integra día a día, y cada vez con mayor intensidad. Los continentes hacen saltar las barreras que los separan. Todos sabemos lo que acontece al lado de nuestras fronteras y más allá de ellas. El mundo vuelve sus ojos hacia la Humanidad Sumergida. Hasta el escéptico existencialista Sartre habla de Africa como “un remordimiento y una esperanza”.

El mundo vuelve su mirada porque espera que de los hijos de esta tierra salgan los brazos que levanten el nivel de vida y de cultura de sus pueblos. El mundo de hoy, en las palabras de H. G. Wells, está preñado de grandes acontecimientos. Uno de esos grandes acontecimientos, sin duda el más importante, es el Desarrollo, el romper estructuras que están perpetuando un orden injusto, que de orden sólo tiene la carátula, pero que más que orden debe ser considerado como la tranquilidad que envuelve a las superficies en cuyo seno profundo están madurando las condiciones de un cambio real y de fondo.

América Latina ocupa solamente el 16% de la superficie habitable del planeta, y en ella habita sólo el 7% de la población mundial; sin embargo, está surgiendo hacia el futuro como una de las regiones de mayor vitalidad expansiva, si se toman en consideración sus inexplorados y aún inexplorados recursos naturales y las características de aumento y composición de nuestra población.

América Latina debe prepararse, pues, para ser el centro cíclico de una nueva época, ya que nuestra Patria Grande tiene tras de sí recursos, población, nivel cultural y vocación frente al progreso, factores éstos que —como ha expresado Felipe Herrera— nos dan una notoria superioridad de perspectivas a plazos cortos o medianos, en relación con el porvenir de extensas regiones y pueblos de Asia y Africa.

Hace poco más de dos lustros, un viajero, tras recorrer nuestra América Latina, anunció, llegando a Europa, que nuestro subcontinente entraba en escena. Debemos asumir en términos continentales esa responsabilidad histórica, demostrando a los pueblos que el Nuevo Mundo no es un mero accidente de la Geografía, sino real y verdaderamente un NUEVO MUNDO, donde las masas no están ya reducidas por el hambre, el analfabetismo y las desigualdades sociales.

El panorama de los problemas que ofrece Latinoamérica lleva al convencimiento de que hay que atacar decididamente las causas y los intereses que están eternizando en nuestro medio una situación idílica para sectores minoritarios de la región, y algunos de ellos con estrechas vinculaciones en el exterior, para poder así hacer justicia a las grandes mayorías de América Latina. Hay que ir a las bases, a las estructuras mismas, para sanear de este modo el funcionamiento de nuestros países. "Los malos remedios sólo complican las enfermedades". La terapéutica que se requiere es una terapéutica global, científica, adecuada a nuestras realidades particulares y profundamente inspirada en el principio de respeto a la dignidad de la persona humana.

Hace más de cien años, Humboldt veía a América Latina como "un mendigo sentado sobre un montón de oro". Y allí seguirá todavía el mendigo, verdad amarga y substancial de esta América nuestra, pero verdad al fin, a menos que nosotros, los hombres que de ella formamos parte, dejemos al margen las visibles diferencias que nos separan para unirnos en un gran esfuerzo común que tienda a hacer desaparecer los estrangulamientos que caracterizan al subdesarrollo, en aras de una mejor distribución de la riqueza y de una mayor solidaridad continental.